

PORTUGAL, COMO METAFORA: DUROS Y BLANDOS

EL General Antonio Spínola no es aventurero, no es un romántico iluminado. No es un izquierdista, en ningún caso. Tampoco es un solitario. Tiene tras sí un poder bastante más considerable del que se cree; y ese poder, con Spínola o sin él, tiene bastantes más probabilidades de moldear el futuro de Portugal que cualquier otro. Spínola y los poderes que representa están entroncados con una corriente política mundial: la de las sociedades abiertas, o tolerantes. Su antípoda, naturalmente, es la sociedad cerrada, o dura. Una y otra tendencia actúan y se enfrentan en nombre de unos mismos intereses. Es decir, una y otra pretenden conservar las riquezas de un país, el control de esas riquezas y su reparto, las fuerzas de producción, los mercados de materias primas, la ordenación del trabajo y su recompensa, bajo unas mismas manos. Se oponen entre sí por cuestiones de métodos. Las fuerzas duras o cerradas entienden, con arreglo a viejas, a antiquísimas normas, que la manera liberal o tolerante de las otras equivale a abrir el paso al «enemigo»: es decir, a los que pretenden que el control de las riquezas cambie de manos. Por el contrario, las sumariamente llamadas tolerantes o liberales estiman que la sociedad rígida, de prohibiciones desmesuradas, puede producir revoluciones; y que, en el mejor de los casos, puede retraer la producción de riqueza, entorpecer una dinámica de desarrollo y desgastar lentamente los bienes que se están defendiendo. Esto que sucede en Portugal sucede a grandes rasgos en todos los países del mundo contemporáneo, y naturalmente en la URSS y en Estados Unidos (sobre todo, en ellos), aunque con las peculiaridades propias de cada régimen, cada sistema, cada economía.

EL caso concreto de Portugal: Spínola está sostenido, sobre todo, por dos grandes grupos financieros. Uno muy superior al otro. La CUF, Companhia União Fabril, que reúne un centenar de compañías menores y que prácticamente tiene en sus manos la economía de Guinea (Bissau); y la Champalimaud, mucho menor, pero que se extiende por Angola, Mozambique y la metrópoli. La producción de acero es prácticamente suya, y Spínola perteneció a su Consejo de Administración. La CUF ha tenido una experiencia valiosísima: su imperio en Guinea le costó dinero hasta que el General Spínola se puso al frente de aquella región y comenzó un apaciguamiento por medidas políticas: mayor participación, utilización del ejército para crear infraestructuras (creación de carreteras, escuelas) y una liberalización de la administración local. El experimento de Spínola dio resultado; no lo ha dado en Mozambique la política contraria, es decir, la de la represión. Los grandes grupos financieros portugueses han llegado de algún modo al convencimiento de que la guerra larga, sin fin previsible —la «guerra como institución», según dice Spínola en su libro— no es rentable. Los gastos militares se llevan el 8 por 100 del producto nacional bruto, y el 40 por 100 del presupuesto nacional. Si la guerra de Guinea se llamó alguna vez «a guerra da companhia» (de la CUF), hace tiempo que puede hablarse de la paz de la compañía, o de la que intenta la compañía. Una paz no sólo es más barata que una guerra que no se gana, sino que puede producir ganancias muy superiores. Los medios financieros e industriales de Portugal están convencidos de que las posibilidades que ofrece el supuesto que adelanta Spínola en su famoso libro es muy posible: el grupo de naciones federadas Brasil-Portugal-Africa portuguesa, en cuanto ésta actúe como independiente. Las riquezas mineras y petroleras de las actuales colonias, que sólo se pueden explotar ahora parcialmente, requerirían los técnicos portugueses y brasileños, y las inversiones de capital de esos dos países; no serían explotadas sólo por los naturales. El pacto con ellos requeriría esa solución. Detrás de la cual está, naturalmente, el gran interés de los Estados Unidos y su ayuda en todos los aspectos. Caso contrario, podría suceder que esas riquezas, si Portugal desfallece en esta guerra colonial, cayesen en manos de los países comunistas. Se trataría de evitar una repetición de los acontecimientos del Oriente árabe: por una política equivocada de los Estados Unidos, la Unión Soviética pudo penetrar profundamente en el mundo árabe. Y en el Mediterráneo. Fue, entonces, un fracaso de la política dura. La federación proyectada por Spínola, o presentada por él, es mucho menos utópica de lo que piensan los duros.

POR otra parte, está Europa. Portugal tiene ya acuerdos importantes con el Mercado Común. Pretende ampliarlos, pretende ser parte de la Comunidad Europea. Los grupos industriales ven que ahí está el negocio. Y ven, sobre todo, que puede estar el desastre. Los acuerdos de Portugal con la Comunidad (1972) suponen que hacia 1977 habrá una considerable reducción de barreras aduaneras: podrán entrar en el país productos mejores y más baratos que los fabricados actualmente. Los industriales creen que, para entonces,

podrán fabricar productos competitivos y hasta exportables. Pero para ello necesitan una modernización. Unas inversiones fuertes que pongan al día sus factorías. Ahora bien, esas inversiones no parecen posibles mientras el presupuesto de guerra se lleve enormes cantidades de dinero. La guerra colonial es un mal negocio: la paz con inversiones, y la explotación africana por vía de Federación, puede ser un negocio fabuloso.

PARA todo ello se necesita una sociedad abierta. Regresemos a la generalidad del problema, a su aspecto mundial, del cual Portugal es sólo un ejemplo menor. El descubrimiento de que las sociedades cerradas y duras es antieconómico es antiguo: lo encontraron los estados del Norte de los Estados Unidos con respecto a los del Sur, cuando descubrieron que la economía esclavista, que parecía genial, puesto que la mano de obra era casi gratuita —la compra inicial y la alimentación exigua— era menos rentable que el trabajo mediante estímulos, y que la creación de tales estímulos. No podemos seguir aquí la larga historia de este descubrimiento, de sus avances y sus retrocesos; pero sí alegar que la actual sociedad de consumo es una consecuencia. El consumidor necesita estímulos: se le dan bajo todas las formas imaginadas hasta ahora. Se le estimula a comprar; trabaja para comprar, y comprar le hace trabajar más. Pero este ciclo no se puede cumplir adecuadamente si el trabajador/comprador no encuentra la suficiente apariencia de libertad en sus motivaciones, no se considera a sí mismo como un individuo para el placer, que adquiere mediante el justo precio de su trabajo. Se dota, por lo tanto, al trabajo, de un sentido: el individuo entiende que trabaja para sí y su bienestar. El circuito se corta cuando se le abruma con prohibiciones excesivas, con restricciones o represiones que son el método propio de las sociedades rígidas o duras. La sociedad de consumo es una sociedad tolerante. Pone el guardia o el censor dentro del cerebro del individuo, no fuera. Por lo tanto, se le hace «participante» en la política, «asociado» en el trabajo. Se le permiten costumbres abiertas. Lo que desde aquí nos puede parecer relajamiento de costumbres, en los países de sociedad tolerante es en realidad un sistema, una conducción.

HAY otros factores. Uno de ellos es la dificultad creciente de mantener vigilada a la sociedad contemporánea. Se ha ido haciendo más difícil a medida que los grandes grupos han ido creciendo: para el señor feudal, el control, la vigilancia o la represión de sus sujetos era fácil; en la sociedad contemporánea es difícil. Las agrupaciones geográficas, los crecimientos demográficos, la intercomunicación que ninguna censura puede llegar a dirigir, han favorecido esa forma de resistencia. El proceso de destalinización no obedece solamente a la muerte de Stalin o a las necesidades del «equilibrio del terror», sino a la presión de la sociedad. El acorralamiento de Nixon y la acusación de todo su equipo no es fruto exclusivo del escándalo de Watergate, sino de un deseo de reducción de las facultades feudales de la presidencia. Se habrá advertido que no es precisamente la izquierda americana la que más insiste en el «impeachment» de Nixon, sino los grandes grupos económicos y conservadores. Es decir, aquellos que tomen que el poder cambie de manos.

ESTA exposición es obligadamente esquemática. Hay, naturalmente, más matices: grupos intermedios, compromisos, pactos, coyunturas. Las situaciones de tensión —nacional o internacional— favorecen a los duros, y a su vez éstos favorecen las situaciones de tensión. De donde algunos saltos atrás. La historia sólo parece un «continuum» observada desde mucha altura: desde su contemporaneidad, es un zigzag.

PERO esta tendencia a las sociedades abiertas y tolerantes se viene produciendo desde hace muchos años. Los elementos que las sostienen se renuevan y se multiplican con más facilidad que los que representan a las sociedades duras, abocados a la extinción. Hasta que en algún tiempo por venir, si es que viene, las circunstancias les favorezcan.

POR eso parece que la situación de Portugal tendrá a la larga que evolucionar en el sentido apuntado por Spínola, o representado por él. Que esto suceda dentro de unas semanas, de unos meses o de unos años, es imposible, naturalmente, de predecir. Podría suceder que, como se dice, el poder se haga más duro ahora como reacción por lo ocurrido: quizá con un Franco Nogueira en el puesto de Caetano, con un General Arriaga como jefe supremo. Cuanto más dura y cerrada se haga la sociedad, más se verán sus imposibilidades. Porque estará más fuera del sentido de la realidad.